

TODO ESTABA O ESTUVO

Todo estaba o estuvo (según se mire o conjugue) en mi cabecita de inocente. Ahora que el tiempo ha puesto miríadas de agua de por medio, puedo acercarme a ello sin salpicarme, por lo que mis lentes y mi mente gozan de una redescubierta nitidez. Aún así lo recuerdo, ignoro si debido a ese reciente descubrimiento que culpa al cerebro de inventar el pasado, como el mejor y más intenso beso de toda mi vida.

Por aquel entonces mi cronómetro existencial marcaba, a ojo de mal cubero, los ocho millones novecientos cuarenta mil cincuenta y ocho minutos, que traducido a un algoritmo ordinario serían unos diecisiete años. Era una mañana de celebración en el hogar de los Gómez, mi familia; estaban de estreno, o más bien mi padre, entusiasta matasanos con vocación y alma de marinero. La siempre escuchada frase de “te paren los machos”, referida a la buena estrella de la familia, cobraba entonces un sentido, pues era mi padre el primer humano masculino en alumbrar un ser a este mundo. Bien es cierto que el ser en cuestión, para su sufrida esposa y su prole no era sino un objeto inanimado, pero para papá, con sus ojos encendidos y lagrimosos, resultaba imposible no creer que ese milagro del mar fuera tan sólo eso, un trozo de madera; algo de humano habría en él después de todo. Por ese motivo, mi madre, mi hermano y yo, actuábamos impulsados por la ferviente ilusión de papá y dimos la bienvenida al barquito de madera (siete metros de eslora de barquito) como si de un nuevo miembro de la

familia se tratara, cerrando de momento el casillero natal de los Gómez. Pero, a lo que vamos: ella. Al principio de todo (¿cuándo sería aquello?), no, no, no... Es que no hubo un principio, porque que yo recuerde, Isabel pululaba a mi alrededor desde mi nacimiento, como amiga que era de mis progenitores, típicos padres de familia empeñados en salir con otros matrimonios de su quinta y con el convencimiento de que los hijos de éstos debían entenderse a pesar de la disparidad de edad, carácter o credo lúdico. Como decía, ese clic sexual que se activa cuando nuestras caprichosas feromonas así lo deciden, puso su maquinaria en marcha la mañana del bautizo sietemesino.

Dos

La jornada transcurría como de costumbre; todo el grupo, padres, madres e hijos inmersos en una misma, absurda y monótona realidad. Y aunque había ido, más bien me habían arrastrado a desgana, al evento (era eso o apropiarme del hogar durante casi veinticuatro horas, todo un récord para mi ya casi gastada adolescencia), mi nuevo interés borró toda interpretación pasada. No hacía más que darle vueltas y más vueltas al ansiado encuentro. Pensaba en las veces que Isabel había entrado en casa, en las veces que la había tratado sin importarme lo más mínimo; la veía sentada en el sofá familiar, junto a mi madre, charlando ambas de sus maridos y éstos, a su vez, en el despacho de mi padre junto a la sala de estar, fumando sendos ducados acompañados de un bourbon y hablando, cómo no, de ellas (curioso este ritual de semejantes que se entienden). Y yo, en pijama y casi seguro utilizando

los calcetines más feos que tenía, en expedición silenciosa hacia el frigorífico. ¿Qué había cambiado? ¿Por qué mi corazón latía tan deprisa esa mañana al pensar en el inminente encuentro con Isabel y no esa tarde de humo y confidencias? ¡Cuántas veces había escuchado a Isabel, sin prestarle la más mínima atención! Y lo que hubiera dado esa mañana por seguir igual de indiferente hacia ella.

En vez de eso, allí estábamos todos, en el muelle, subidos a un barco impoluto y traicionero, culpable de mi taquicardia feromónica. No podía creerlo. Siete metros de cárcel náutica era aquel velero. Odiaba a mi padre por haberlo comprado, a mi madre por haberme obligado a asistir, a mi hermano pequeño por ser pequeño, y tener que cargar encima con un moco de seis años. De mi familia directa no podía odiar a nadie más, entre otras cosas porque ya no me quedaba nadie. Gozaba, sin embargo, de tripulación varia para descargar mi ira amorosa. Isabel estaba descartada por ser el objeto de mis deseos, aunque su familia se convertía sin remedio en blanco perfecto. Su marido se llevaba la palma. Primero por rival obvio y segundo por haber sido el comeorejas número uno para con mi padre para que adquiriera el dichoso barco. Ganaba sin duda la medalla al ser más odiado de aquel espacio mareante (tanto por el tambaleo lógico del artefacto como por el penetrante olor a nuevo) y salado. Los segundos en la lista de los más odiados eran sus horripilantes hijos; María, que con mi edad ya tocaba mejor el piano que su propia madre pero en lo único que pensaba era en su dichoso viaje de estudios y Emilio, cuatro años menor que su hermana, aficionado a todo tipo de insectos, cuanto más

desagradables mejor, y sobre todo, completamente ajeno a mi persona. Los odiaba. A sus hijos por ser sus hijos y además por ellos mismos. A su marido por el gran privilegio de tenerla a su lado. A mi familia, por la encerrona(a mi hermano pequeño por ser pequeño). Para colmo de males, había un polizón a bordo: la hermana menor de Isabel, Esther.

Tres

Después del protocolario bautizo achampanado, que casi rompe parte de la quilla del barquito y mi globo ocular(al estrellar mi padre la botella de la cesta navideña en el casco, un vidrio asesino rebotó en el cristal de mis gafas recién sentenciadas), zarpamos por fin mar adentro todo el esperpéntico grupo formado por mi familia y la de Isabel, Esther incluida. Millones de sensaciones invaden mi cabeza al pensar en la concreta escena: pisotones y apretujones de todo tipo por la estrechez del espacio, gritos de histeria de las dos madres, la mía e Isabel (¡qué preciosidad de rostro enfurecido!) riñéndonos a todos por esto o por lo otro; mi padre, con la sonrisa camuflada, charlando con su homólogo, disimulando, por su modestia, la enorme felicidad que le reportaba habitar la mar. De modo que cuando mi medidor de actividad mínimamente interesante marcaba encefalograma plano, surgió el acontecimiento.

Cuatro

Mi padre, decidido a surcar los mares hasta un cierto límite, halló, a unas dos o tres horas de travesía, el lugar idóneo para fondear. ¿La razón oficial? Se moría por explorar la fauna de aquel fondo marino. La extraoficial, sin duda, nosotros. El pobre hombre querría perdernos de vista. Motivos tenía. Éramos una jauría de necesidades compulsivas: mareos injustificados de los críos, a pesar de que la biodramina formaba ya parte de nuestro ADN, quejas de las mujeres, que se aburrían someramente en aquel espacio natural... todo ello mezclado con el olor de la comida y la bebida, del tabaco y de la sal. Y en medio de todo aquello, mi corazón, en salmuera (por Isabel, claro).

Abierta la veda de la huida por papá, pronto el grupo se unió a la propuesta pues, aunque no he referido hasta ahora cuentas de la temperatura ambiente, se deduce que el invierno no iba a ser la estación elegida por los Gómez para tal acontecimiento. La verdad sea dicha: desconozco la fecha en concreto. Sé que no era verano porque no recuerdo un calor asfixiante a bordo. Mi cerebro, preparado genéticamente para ello (en deuda quedará siempre con esa acertada evolución antropológica) seguramente decidió dejar hueco para lo más importante de aquella secuencia (Isabel) y obvió ciertos detalles superfluos como muchas de las concreciones. Opté, en cuanto pude escaquearme, por acoplarme en el pequeño camarote para lavar con agua dulce a mi pobre órgano enamorado y desalarlo así de la indiferencia lógica de Isabel. Desde allí abajo, escuché el primer chapuzón de la mañana, “mi padre”, pensé, seguido del de Carlos, el

marido de Isabel. A continuación, y antes incluso de que mi madre lo dijera, ya sabía la frase que seguía. Mamá instándome a subir a proa para darme un remojón con la troupe. Si hubiera sido en casa me lo habría comunicado a voz en grito desde la superficie pero, al tratarse de protocolo, bajó ella misma a comunicármelo. Cuál sería la expresión de mi rostro, reflejo de lo que acontecía en mi alma y no en mi estómago, que mamá, a pesar de su costumbre, desistió de su intento de convencerme al achacar mi palidez al vaivén del barco y no al de mis sentimientos. Algo de bueno tenía el estado de embriaguez amorosa. Marchó mamá junto al grupo bañista. Escuché un tercer y cuarto chapuzón. Deduje remojones de mi madre y el mocoso (por fin me había librado de él). Un quinto y sexto salpicaron el ambiente. Recé porque fueran los repelentes hijos de Isabel. De repente, escuché un sollozo y a Esther esbozando un “¿qué te pasa?” inadecuadamente seco. Pensé: “¡Isabel!”. De inmediato, pegué un salto de mi asiento y me planté en la proa para defender a mi amada. Al presenciar la escena, las dos cara a cara, Isabel inmersa en sus propias lágrimas y Esther, impasible, me di cuenta de que sobraba; lástima que no me diera tiempo de escabullirme de allí sin que lo notaran.”Y tú ¿qué quieres?”, me espetó la simpática Esther sin esperármelo. Sin decir palabra, con un nudo en la garganta bien atado, marché de nuevo hacia el camarote. Rabia. Rabia y más rabia me sobrevino. Impotencia de no saber lo que acontecía. Impotencia de no tener derecho a saberlo. Dolor por las lágrimas de ella. Ira contra la supuesta agresora, su hermana. Decidí, no, a esa edad no se decide nada; me inspiró un rayo de prudencia cuyo

resultado fue la espera. Esperé; una espera sofocante allí abajo, con el machacante olor a nuevo, con lo impoluto e impersonal del lugar, plásticos aún enfundados en la tapicería, manuales de instrucciones chirriando el blanco y negro de sus páginas, chalecos salvavidas que reflectaban mi congoja. Todo se me antojaba incómodo. Sin esperarlo apareció ella. Había enjugado su dolor, recompuesta ya la pose de autosuficiencia que siempre gastaba. Por un momento me olvidé de Esther, de los bañistas, de mi tartamudeo interior. Quise decir algo que la ayudara pero sólo se me ocurrió mirarla. “¿No te bañas?”, me preguntó como si nada. Contesté negando con la cabeza. “Creo que yo tampoco, aunque debería; hace calor, demasiado calor aquí dentro”. “Dentro de tu ser”, añadí para mis adentros.

Cinco

El vaivén del barco, a modo de baile sensual, me invadió súbitamente. Frente a ella sentí tal pudor que simulando sed (no sé si de su piel o de líquido) me escabullí como pude trasladándome hacia la neverita situada a no más de unos dos o tal vez tres pasos a mi derecha. Al tiempo que abría la puerta del pequeño refrigerador, se me ocurrió. Pasemos del hache dos o al aliado alcohol de una de las cervezas de papá. “¿No eres demasiado joven para eso?”, sentenció ella de un golpe. Mi capacidad comunicativa expiró. Ese último estoque verbal hizo mella en mi orgullo adolescente. Entonces decidí, esta vez con plena consciencia, que la mejor opción era marcharse de su dura influencia. Un “espera” a media voz se coló débilmente por mis oídos. Me giré hacia

Isabel para confirmar su petición y justo en ese instante, me percaté de que no llevaba su camisa. Palidecí. Se secaron todos los fluidos de mi cuerpo; éste parecía haberse desprendido de la sangre, la saliva, el sudor y hasta de las lágrimas. Tenía que notárseme el helor, así lo comprendió Isabel que, como la mano de Dios miguel-angeliana da la vida al ser, así el contacto de su mano con la mía trajo el calor a mi cuerpo y con éste la sangre, la saliva, el sudor, las lágrimas y un nuevo fluido que me costaba identificar. “Se parece a la cistitis”, pensé. Esa mano (¡su mano!) apretando la mía, sus ojos pardos señalándome...y yo, con mi cistitis amorosa, en lo único que pensaba era en la absurda relación entre enfermedad y excitación. Entonces caí en la cuenta: mis padres, su familia, lo incongruente de su actitud...no tenía ningún sentido. Isabel desprendió su mano de la mía y la levantó acompasada hacia mi pelo. Me acarició suavemente, bajando del casco hasta mi cuello, serena, como si estuviera plenamente acostumbrada a recorrerme la piel con su palma. Y de pronto, la vi, asomada a la ventana e indignada. Isabel, al reaccionar de mi cara, se dio la vuelta aunque en ningún momento asustada. El contacto de miradas entre hermanas provocó tal tensión que hasta el barco se tambaleó (a consecuencia, imagino ahora y no entonces, de una ola despistada). Esther, derrotada, apartó su rostro del ojo de buey de la ventana. De inmediato, Isabel, dejándome sin más explicación, subió a la superficie, al encuentro con su hermana. Silencio sobrecogedor en cubierta. La nada se apoderó del velero. Mis carnes, avergonzadas, intentaban discernir en busca de explicaciones varias: a mi madre, a su

marido...un momento, me dije, ¡si no ha pasado nada! ¡Todo está en tu cabeza! Lo más natural del mundo: la amiga de tu mamá acariciándote el pelo. Para ti es un mundo, pensé, para ella un acto materno; para Esther, que era de todo menos tierna, tal vez resultara un acto repulsivamente filántropo e incomprensible pero nunca fuera de lugar. Pasó la tempestad, sentencié en soliloquio. Y justo en ese instante, escuché a la marabunta subiendo, todos contentos, hambrientos por esa famélica sensación que produce el mar, experto en abrir apetitos. Lástima, pensé, habría dado mi vida por alargar un segundo más la sensación de bienestar que Isabel, con su mano, había transmitido a mi cerebro.

Seis

Saciadas las ansias de comida y de tierra (ejem... madera) firme, se produjo una situación un tanto peculiar. El grupo, el barco en sí, emanaba paz, esa paz de siesta sin estar durmiendo nos contagió a todos, incluida Esther. Mi padre y su homólogo, cigarros en mano, recordaban tiempos universitarios; mamá, Isabel y Esther parecían adaptarse al medio, disfrutando incluso de la maravillosa perspectiva de insignificancia que proporciona tanta cantidad de agua. Yo por mi parte, me arrimé a María en silencio, dejando que fuera ella la iniciadora de charla. “¿Adónde te vas tú?”, abrió ella. “A ninguna parte, espero”. “¿No tenéis viaje de estudios en vuestro colegio?”, me espetó, casi ofendida.”El año que viene, supongo; aún estoy en segundo”, añadí. Y ella, risueña y malvada, aprovechando mi mala jugada y con la

crueldad en sus ojos, apuntó:”¡Es verdad! ¡Si eres un año menor que yo! Nunca me acuerdo”. En verdad duele. A esa edad duele. Duele que no recuerden tus minutos de existencia cuando prácticamente nos habíamos criado de la misma teta; duele, sobre todo, el remarque de la diferencia: ella era superior a mí, un año más vieja; eso en nuestro código pueril era una ofensa. Como tal la entendí y abandoné mi intento de sociabilidad argumentando de nuevo hacia lo seguro: sed.

De camino a la nevera de cubierta, me percaté de la presencia de Emilio, chinchando al enano con historias de bichos (coleópteros, como él presumía), y éste ignorándolo por completo, enroscado, cual escarabajo pelotero, entre los brazos de mi madre y con cara de sueño. Mi ansiedad amorosa pareció remitir con el agua dulce y fría. Papá, necesitado del contacto marino, saltó de cabeza al agua y su homólogo, previo gesto de cabeza hacia Isabel, continuó la jugada. Yo por mi parte pensé, “eso, que se vayan todos al agua, también ella”. Quería apoderarme del camarote por una hora, cerrar todas las cortinas y dejarme llevar por la oscuridad. Hablé con mamá, le pareció, sorprendentemente, una buena idea y, de nuevo, uno tras otro, se escuchaban chapuzones o entradas al mar por la escalera. “Todos esta vez”, pensé. Incluida Isabel, incluida Esther. Mi cuerpo debió quedar en suspenso porque perdí por completo toda noción de tiempo. Los pestillos, en el hogar de los Gómez, estaban terminantemente prohibidos para los menores de edad. Yo no me consideraba tal pero, igualmente no lo habría echado. Abrí los ojos de mi siesta indefinida y, cual cariátide, allí estaba; recta, erguida sobre su camisa abierta,

mirando hacia mí, convencida. Pegué un salto del sofá del camarote, asustándola a ella, claro.”Me he arrepentido de tanta agua salada”, me dijo sonriente. Estaba tan guapa, tan segura, que me sobrevino de nuevo el helor e instintivamente me froté los brazos buscando calor en mis manos. Veloz, se desabrochó la camisa y me la cedió argumentando que era lógico mi frío después de haberme echado sin taparme. Acaté su orden por inercia, me enfundé su camisa, torpemente; aunque yo ni me di cuenta del destrozo estético. Ella sí. De inmediato, la vi sonriendo, me miraba y reía al tiempo que me agarraba la camisa, la desabrochaba diciendo: “No vas bien, no vas nada bien”. Se refería, por supuesto, al orden de los botones y los ojales, a mi cojera de camisa, desacompasada, reflejo del estado de nervios en que me hallaba. Otro instante para criogenizar, pensé. No busco que dure para siempre, sólo que lo pueda reavivar treinta años después, o más. Nada hay más sensual que el roce de una mano que desees con la tuya. En el forcejeo producido de su intento de salvarme estéticamente, se produjo el milagro del contacto. Yo pensé que era mi mano la bienaventurada, la única que respiraba felicidad. Todo lo contrario, para mi sorpresa. Allí, en el recién estrenado barco de los Gómez, entre voces y chapuzones que instantáneamente desaparecieron gracias de nuevo a no sé qué capacidad de mi cerebro que, inteligente o plenamente evolucionado suprimió esa pista de audio; allí, en medio de la mucha nada, con el tambaleo rítmico del casco, mi cistitis amorosa aumentaba y aumentaba al contacto de su mano. Yo pensé, en mi nebulosa encefálica: “algo lo estropeará, algo pasará para que no pase”. Y empecé

a enumerar los posibles avatares.”El enano, seguro; el pobre es tan pequeño, ¿qué demonios hará tanto tiempo en el agua? Eso que noto que me acaricia por segunda vez el pelo y que baja peligrosamente hacia no se sabe qué zona de mi cuerpo, es su mano, creo; sí, es su mano. Bueno, yo a lo mío: mamá que se agobia con tanto mar, papá no creo que suba tan pronto, Carlos... ¡Joder, su marido! Su hermana, ¡como si lo viera! Isabel, Isabel... No te entiendo pero... ¡Adelante!” Y lo vi venir. Lo prometo. Vislumbré sus labios acercándose a mi boca y todo mi ser desapareció. Perdí por completo la sensibilidad corpórea; me evaporé, excepto en mis labios. Me convertí, fui únicamente a través de ellos. Mi cerebro, mi corazón, mi cistitis...mi yo adolescente se acumulaba en el exterior de mi boca, sobrepalpitante. La besé, ancha y ampliamente; sin importarme la cubierta ni los que habitaban los alrededores del barquito de madera. La besé, sólo en los labios; aún me excita y me intimida el recorrer del recuerdo. Resulta complicado, al no manejar (ni entonces ni ahora) el arte de combinar palabras, asemejar la sensación vivida por aquel explayado beso. Lo cierto es que cuando leo a este o aquel erudito de la pluma describiendo carnosidades no suelo creerlo. Todas esas humedades descritas, todas las oquedades, las lenguas, las salivas, me producen de todo menos ponerme en la piel de ese labio narrado. Tal vez, insisto, sea eso, mi incapacidad adjetivo-bucal. O tal vez es que en cuestión de besos, las palabras se queden no cortas sino pobretonas. Fue, en un intento inútil de transcripción rememorativa, como desnudarla entera y sentir su desnudez sobre la mía y parparla con la palma de mi mano y leer el braile de su piel,

salubre, olerla por todos lados. Le hice el amor lentamente con aquel beso. Y es que eso debería ser siempre un beso. Un orgasmo de los labios, un deseo incontrolado que se sacia mordiendo, respirando al contrario. Aquellos labios eran todos los labios que he besado, todos los labios de mujer existentes. Aquella mujer era un compendio de sabores que jamás había probado, toda la gloria de la existencia, todo el deseo de estar junto a ella, dormir a su vera, verla por la mañana con su cara revuelta; ese gesto cómplice al amado, esa indefensión de piernas abiertas. Ese beso fue todos los besos; a pesar de que después del alejar de nuestros labios Isabel marchara del camarote sin decir ni media ni nada que se le asemejara. A pesar de saber, con el recorrer de los años, que esa fue la mañana en que mi amada se enfrentó a su supuesta asexual hermana en un intento de comprender mediana o diminutamente por qué se acostaba con Carlos. A pesar de mi ingenuidad irrepetible, ya deshecha por la adulta vida. Todo estaba o estuvo en mi inocente cabecita excepto ese beso criogénico, que rescato de vez en cuando de la cuba metálica a ciento noventa y seis grados bajo cero y redondo y redondo en él hasta atemperarlo, sintiéndolo de nuevo, cercano.

Laura Bueno.

